

# Sobre LA CEIBA DE LA MEMORIA

Roberto Burgos Cantor

A finales de 2017, el recientemente fallecido Roberto Burgos Cantor tuvo una participación en la Universidad de Nantes, Francia, a propósito de *La ceiba de la memoria*, en la que muestra algunos de los secretos que implicó la elaboración de esta novela, considerada uno de sus mejores trabajos literarios. La presentamos a continuación.

Buenas tardes. Debo primero agradecer el interés y la hospitalidad de Jean-Marie [Lassus], el interés y la lectura que han hecho durante estos días la profesora Leticia y sus estudiantes, agradecer a todos por estar aquí esta tarde. Y contarles un poco sobre la, quizá ya lejana, génesis de *La ceiba de la memoria*.

Yo nací en Cartagena de Indias, un lugar del Caribe colombiano fundado hace muchos siglos dentro del proceso de poblamiento hispánico. Cartagena está llena de fortalezas, sufrió la piratería inglesa y francesa y tuvo un largo proceso con la esclavitud negra, por cuanto todo el trabajo de las fortificaciones fue mano de obra de los esclavos negros que traían de Cabo Verde, de otros lugares del África.

Por alguna razón, el autoimaginario de Cartagena de Indias se predicaba blanco y se predicaba católico. Esto hacía que la importancia de la esclavitud negra, su desarrollo, su participación en la construcción de esa comunidad fuera negado, oculto, como una

acción de la exclusión, del apartamiento; pero en los años de mi infancia, Cartagena era un lugar en ruinas, de adoquines deteriorados, de grandes casonas de comercio derrumbándose; y estas fortalezas, que fueron un momento de oprobio y también de gloria, estaban llenas de maleza y acabándose.

Y había un trabajo de la pobreza, el de los niños de la calle, los mismos que noveló Pier Paolo Pasolini en *Muchachos de la calle*; en esa época de carencia había un turismo interno, también pobre, que viajaba a la Cartagena de entonces por dos razones: conocer los restos del sacerdote jesuita canonizado Pedro Claver, y bañarse en el mar, el mar desconocido, al que en la poesía colombiana aluden tantas veces poetas de las montañas, de los Andes, que no lo conocían. Estos turistas tenían cierto encantamiento por las historias de la piratería; y los casi niños, vestidos a medias, sin zapatos, recorrían las calles de la ciudad ofreciendo historias a los turistas. Contaban con una espléndida fantasía que parecía nacida de aquello que escucharon de sus abuelos en las conversaciones en los patios y las terrazas de esos barrios humildes, y por unas monedas, contaban historias sobre los milagros del santo, relatos alocados sobre los piratas, sobre los enamoramientos que habían dejado...

Al escucharlos en mi infancia, tuve un pensamiento de consuelo:

que si yo fracasaba en la escolaridad (empezaba el colegio), tal vez ese era un destino razonable, que yo fuera un contador de historias en las calles de Cartagena de Indias. Y los escuchaba con mucho interés porque una especie de fatalidad sobre los escritores de Cartagena parece indicar que debemos siempre escribir lo que la crítica y la lectura llaman novela histórica.

Las novelas históricas eran la sobrevaloración del mundo hispánico. Y esa forma de exotismo que era la magia de las brujas de Cartagena, las historias sobre la Inquisición... todo era una fantasía desbordada. Y la verdad es que a medida que fui envejeciendo, me encontré con que en Cartagena de Indias se habían escrito dos novelas de importancia literaria, ambas de Germán Espinosa: *La tejedora de coronas* (que es el siglo XVIII de Cartagena de Indias), y otra referida al tema de la Inquisición que se llama (es un poco la historia de un inquisidor acoquinado por el demonio, mañoso) *Los cortejos del diablo*. Después, para el siglo XVI, García Márquez escribió también su cuota de novela histórica cartagenera que es *Del amor y otros demonios*, sobre una monja de las clarisas que también siente al demonio y el confesor se enamora de ella en el convento, etcétera.

Perdón, hay otro autor cuya historia también fue llevada a la televisión: *La pezuña del diablo*, también sobre el tema de la Inqui-

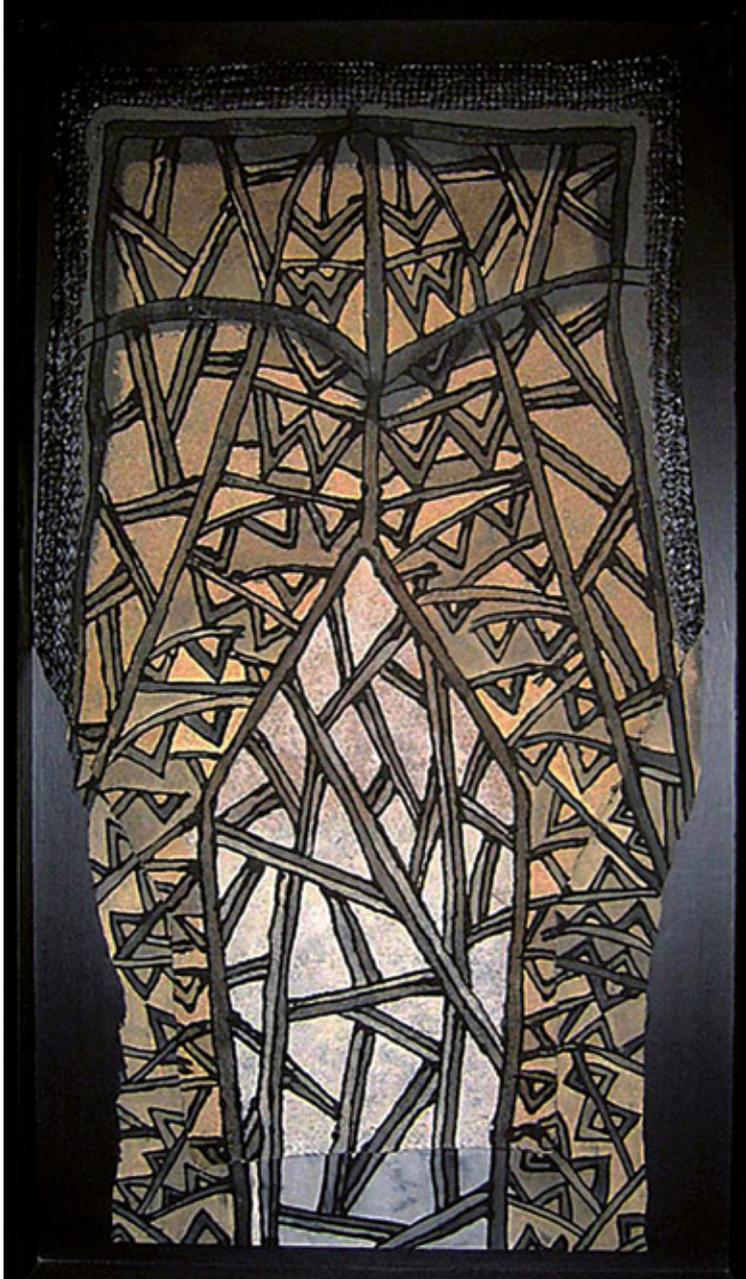
sición, de Alfonso Bonilla Naar. Él era un médico, investigador de alcance; dejó un par de novelas y murió en pleno ejercicio intelectual.

Pero yo tenía demasiadas dudas. No sabía cómo escapar de esa red de la novela histórica, siempre moviéndose en dos prisiones, en dos jaulas, en dos formatos: el formato de la novela histórica como ocurre en nuestra América, como rectificación de la historia oficial, la historia de los héroes, de las batallas, casi como un destino predeterminado que nos llevaría a la libertad, al progreso; el otro formato era un poco el paródico, burlarse de esas versiones oficiales.

Entre lo rectificatorio y lo burlón o burlesco, tenía la duda de buscar en esta historia de hace siglos un espacio para algo que de alguna manera me tentaba, y comencé revisando...

Pero al revisar esa historia, tenía el temor de no convertir las novelas en un elogio de la acción católica de Pedro Claver. Y descubrí una circunstancia que incitaba y también atemorizaba: Claver llegó a España a instancias de sus superiores que le dijeron "El destino está en América". Estuvo terminando sus estudios de filosofía en Bogotá, una ciudad alta, fría, dos mil y pico de metros sobre el nivel del mar. Ahí estudió, catequizó indios y, graduado, volvió a Cartagena de Indias. Solo escribió una carta donde le avisó a su familia que se quedaba, que no escribiría más, que no se molestaran en mandarle correspondencia y que trabajaría en el tema de los esclavos negros.

En efecto, Claver empezó su trabajo como un hombre de acción, un hombre que curaba, que aliviaba, que confesaba, que bautizaba, que expropiaba los tambores, que regañaba... pero siempre era el primero en recibir las embarcaciones y, junto con otro jesuita, los dos únicos que soportaban bajar al fondo del galeón a encontrar



*Tejidos africanos*

a esa humanidad destrozada que venía encadenada en un viaje largo por el océano.

Comencé a indagar y era lo único que había de Claver, esa carta donde se despide de su familia... y muchas leyendas. Me puse a revisar un hecho curioso, extraño: la canonización, el volver santo a este hombre, que duró demasiado. Fue el proceso más largo en la historia de las canonizaciones de la Iglesia católica. Tenía un hecho particular, y es que todos los testimonios que se recogieron fueron expuestos por descendien-

tes de esclavos. Había muy pocos esclavos vivos, algunos liberados por los años o porque habían pagado por liberarse. Pero todo el otro sector social que ayudaba a Claver con dineros, con alimentos, ya no estaba, y lo habían olvidado.

Comencé a buscar la manera de contar pero tenía una preocupación central que a medida que investigaba sentí: si acaso en estos tiempos del mundo no era un deber del escritor contar con lealtad al lector en qué sitio temporal estaba contando, cómo estaba situado en la novela que escribía.

Allí, pues, ustedes habrán visto la solución que encontré, pero en un momento es otra peculiaridad de las averiguaciones, más que las investigaciones que hacemos los escritores. De pronto encontré que en el convento y la Iglesia que existen en Cartagena de Indias, en la enfermería, había otro cura que agonizaba al mismo tiempo que Claver. Me llamó la atención esa coincidencia en el camino a la muerte y descubrí que se trataba de Alonso Sandoval, un jesuita que escribió en el siglo XVI un impecable y tremendo ensayo sobre la esclavitud negra: *De instauranda aethiopum salute*..

Eran esos hombres: Claver con un mal, una enfermedad, y Sandoval con otra (la de Sandoval era propia de los esclavos negros, de quienes se había contagiado). Y no había nada que hacer; estaban allí, sueltos al camino de la muerte. De manera que esto me llevó a revisar la obra de Sandoval, que tenía un par de estudios después del siglo XVI. Me encontré con un hombre que investigaba la esclavitud como si fuera un sociólogo contemporáneo, que consultó todo lo que los padres de la Iglesia y la filosofía clásica –Aristóteles– decían sobre la esclavitud. Miró el hecho, hablaba con los capitanes de las naves, con los cargadores, con los comerciantes de la trata; tenía ubicados todos los lugares donde las naves dejaban parte de esa oprobiosa mercancía humana para contrabandear con ella, ponerle otros precios; y era un trabajo de una exactitud, de un rigor, que intelectualmente no había manera de no condenar la esclavitud.

Sandoval se atreve a decir, lo que ya era fuerte, que la esclavitud era un pecado. No se atreve a una condena abierta porque era un problema con España, que vivía de esa esclavitud, recibía rédito, beneficios de la trata. Pero en ese momento me di cuenta de que la

libertad no era un tema pasado ni viejo, sino que ese hombre, Claver, desde la religión, bendecía, bautizaba, confesaba, y además todo era un mundo extraño porque para confesar en otra lengua –había más de un millón de lenguas entre los esclavos negros que llegaron a Cartagena de Indias– debía Claver tener intérprete entre quien confesaba el pecado y el cura que absolvía. Ya eso para la literatura era una total fantasía. Pero Claver representaba al hombre de acción, el hombre que bautiza, que cura, que alivia. Y Sandoval, con ese tratado sobre la esclavitud, representaba al hombre de pensamiento. Ese conflicto entre el hombre de pensamiento y el de acción es un conflicto contemporáneo. Entonces me sentí contento: era mi encuentro con los muchachitos fantasiosos que podían contar las cosas como si hubieran ocurrido el día que las estaban contando, y me hacía sentir éticamente justificado por no convertir la novela histórica en un tema de anacronía exótica.

Quizás son algunos de los secretos que podía comentarles.

\* \* \*

*La ceiba de la memoria*, como título, tiene tal vez diversas circunstancias. Una, como ya lo advertía el maestro Alejo Carpentier, es que la ceiba es el árbol de América. Por otra parte, ha estado siempre vinculada a nuestra gesta de independencia. Cuando en las batallas, bajando por el río Magdalena, nuestro libertador, Simón Bolívar, se detenía en la villa de Santa Cruz de Mompós, prefería dormir a la sombra de la enorme ceiba (durante mucho esos árboles), que todavía está en una de las orillas del río. La otra, sin duda, es en la tradición africana lo que significa el árbol, como lugar donde se pone a los muertos para conservar su recuerdo; los dejan junto a las raíces.

Escoger entre los personajes cuál gusta más al autor no siempre es fácil, y es razonable entenderlo como voces colectivas; pero desde la perspectiva racional e intelectual yo tengo alguien con quien me gustaría conversar, es Alonso de Sandoval. Y desde la perspectiva sentimental yo sigo enamorado de Analia Tu-Bari.

Sí, hay algo que fue apareciendo a medida que navegaba en la novela y era la idea que me obsedía de cómo las tragedias contra la libertad siempre son universales, que no hay tragedias locales, y me preocupaba que esa tragedia tremenda de la esclavitud negra en América era ocultada, escondida, al lado del, parece contradictorio, enorme prestigio de otras tragedias como la del pueblo judío. Quizá eso, la búsqueda de la reflexión sobre la libertad, condujo la novela a emparentarlos.

*Ver lo que veo* fue un trabajo de algunos años donde intento acercarme otra vez al mundo de los barrios producto del desplazamiento, de las invasiones, esos barrios donde todos los oficios son honrados, hasta el del ladrón, el boxeador, el salón de belleza con las modisterías. Y he hecho un camino intentando responder a esa ocurrencia, pero poniéndolo en consonancia: cómo en esos barrios se llega a la pobreza, nunca se logra resolver, pero también en el mundo de la sociedad opulenta, la que va al casino, la que tiene muchas tierras, la que tiene los cultivos de caña y la producción del azúcar, también llega a la ruina. **LPyH**

**Roberto Burgos Cantor** (Cartagena, 1948-Bogotá, 2018) fue narrador. Sus obras *La ceiba de la memoria* (2007) y *Ver lo que veo* (2018) obtuvieron el Premio Casa de las Américas (2009), y el Premio Nacional de Novela de Colombia, respectivamente.